

Un Hamlet para niños

por Josep Domènech*

El grupo teatral gerundense El Talleret de Salt nos acerca al montaje interpretativo que de la obra de Torsten Letser «El Príncipe de Dinamarca», han realizado. Una forma, como relatan en el siguiente artículo, de hacer pensar a los niños por medio de Shakespeare y su universal personaje, Hamlet.

Hace ya tiempo que El Talleret de Salt dirige sus montajes —si bien no de un modo exclusivo— al público juvenil. Han sido trabajos que, sin variaciones, también han podido contemplar los adultos; en cualquier caso los jóvenes han podido comprobar que eran tratados como personas inteligentes y con sensibilidad artística. Con *El Príncipe de Dinamarca*, de Torsten Letser, quisimos continuar esta línea.

Uno de nuestros objetivos era hacer llegar una pieza del gran teatro universal al público más joven. Tuvimos la suerte de encontrar la obra de Letser que cumple el requisito que exigíamos: introduce al lector-espectador en el mundo de Shakespeare sin simplificaciones. De hecho no es una síntesis del Hamlet que conocemos sino una creación de Elsinor y de sus habitantes en la época en que Hamlet sólo tiene ocho años.

El segundo objetivo era más cercano a nuestro oficio: convertir esa maravilla de texto en un espectáculo donde incluir diversas facetas del hecho teatral, desde técnicas concretas hasta diferentes tipos de una interpretación.

Éste es el trabajo de actores y director que hacen que un montaje tenga el sello personal de una determinada compañía.

Solucionar el reparto

El primer problema a resolver fue solucionar el reparto principal, pues



ROS RIBAS.

Los protagonistas son un niño y una niña de ocho años —Hamlet y Ofelia. Así, nuestro Hamlet es interpretado por una chica de treinta años. Otro de los problemas de reparto que había que resolver era el número de actores necesarios para representar a Shakespeare. En el escenario somos seis actores, y alguno de nosotros ha de doblar su personaje.

Nos permitimos jugar con un ejercicio de teatro dentro del teatro, que nos sirve para resolver problemas como el del reparto y deja ver a los niños un poco más allá de la vida de aquellos personajes, porque también los ve como actores.

Así, la obra empieza con la llegada de una «troupe» de actores a un teatro, donde deben representar el verdadero Hamlet, pero que debido a las circunstancias —la falta de actores, el público no parece el adecuado...—, deciden hacer *su* versión.

Para diferenciar esos mismos actores cuando son individuos de la compañía de cuando son personajes de una historia, jugamos con el ritmo: elemento esencial del género teatral. Nuestros actores se comportan normalmente, pero todo lo que dicen y hacen es en un ritmo irreal, mucho más despacio. Luego los vemos disfrazados cada uno con su personaje y funcionando a un ritmo, podríamos decir «normal». Esa mezcla de ficción y realidad —cuando van disfrazados se entrevé a menudo su traje de calle, incluso en el actor que hace de oso— crea en el espectador el efecto de que todo es posible y le confunde para no saber qué es verdad y qué mentira. Esto es la esencia del teatro que refleja una verdad a veces más real que la auténtica que creemos vivir.

Introducimos elementos distorsionadores como los co-turnos, que crean una proporción entre los personajes adultos, que los llevan, y los personajes niños, representados por adultos. Nos permitimos a la vez mostrar un elemento clásico del teatro, pues era utilizado en la Grecia clásica.



ROS RIBAS.

Cuando nos encontramos con la escena en que Hamlet ha de contar una historia, cambiamos los actores que salían en Shakespeare por títeres. Creemos que es un elemento que fácilmente utilizaría un niño en sus juegos, a la vez que mostramos una nueva técnica teatral.

En lo referente a la dramaturgia, a nosotros nos atraía mucho encontrar numerosos puntos de contacto, tanto de contenido como formales, con el texto original de Shakespeare: idéntico planteamiento de escenas, reproducciones literales de ciertas secuencias del texto y una presencia constante de los juegos de palabras y de las construcciones en verso.

Un ejemplo atractivo es el del famoso monólogo del «Ser o no ser», que aquí transcribimos:

«Ser o no ser un niño, esta pregunta
Nadie nos la ha hecho nunca. Y nacemos niños sólo porque
El amor de los mayores así lo desea. Pero nosotros
Nada podemos decidir sobre este mundo.
¿Quiero ser un niño o no quiero ser un niño
En este mundo malo e incomprensible?
Se oye un «crac» y estamos aquí de pronto
Pero nadie nunca me ha preguntado:
Pequeño Príncipe, decidme: ¿queréis huir
De vuestra soledad e ir con los otros?
¿O queréis simplemente quedaros aquí dentro
Bien protegido como estáis y dormir simplemente
O soñar con colores y la luz de aquí fuera
O con la vida después de este largo sueño?
Igual estoy durmiendo todavía en la barriga
Y esto de aquí es sólo una pesadilla
Igual tampoco existo bajo la luz del día
En un sueño malvado de esta vida
Represento al héroe: nada es verdad
Y todavía duermo; sólo sueño.»

Pensar con Shakespeare

Varias cuestiones se plantea el niño espectador viendo la obra, que le identifican con ese niño protagonista:

—¿Qué hará para evitar que maten a su padre?

—¿Cómo le dirá a Ofelia, su amiga, que su padre está envuelto en el asunto?

—A Hamlet no le gusta la guerra y lo que comporta, pero es su mismo padre quien la ha incitado.

—A Hamlet también le tocará un día ser rey. ¿Qué hará cuando llegue ese momento?

Todas estas cuestiones y más son las que en nuestro montaje transmitimos al público para que piense y reflexione, y nos damos cuenta de lo mucho que pueden llegar a identificarse en los múltiples coloquios que seguimos tras las representaciones.

No es fácil hacer pensar a un niño por medio de Shakespeare, proponerle si esto de las guerras está bien o no, qué piensa de las relaciones padre-hijo, etc. Pero nos ha parecido un ejercicio muy provechoso tanto para ellos como para nosotros adultos que queremos contarles historias. ■

* Josep Domènech es miembro del colectivo El Talleret de Salt.